salas vacías y tristes que vamos á recorrer. Comprendo que no puedo hacer al jurado responsable de nuestra pobreza artística. Mas puedo pedirle cuentas de los artistas audaces que ha desanimado.

Se recibe á las medianías. Las paredes se cubren de lienzos modestos ó completamente nulos. Podéis mirar de arriba abajo y de derecha á izquierda, y no veréis un cuadro que llame la atención. El arte, lavado y peinado cuidadosamente, ofrece el aspecto de un buen burgués con zapatillas y en mangas de camisa.

Añadid á estos lienzos modestos, que llevan al pié firmas desconocidas, los cuadros que han sido exceptuados de examen. Estas son las obras de los pintores que he de estudiar y discutir.

Tal es el Salón, siempre el mismo!

Este año el jurado ha sentido más viva aún la necesidad de limpieza. Le ha parecido que la escoba de lo ideal había dejado el año último algunas pajas en el pavimento. Ha querido limpiar perfectamente aquellos lugares, y ha echado á la calle á los pintores realistas, personas á quienes se acusa de no lavarse las

manos. Las hermosas damas irán á visitar el Salón en traje de gala y lo hallarán todo terso y limpio como un espejo. Cualquiera podrá verse la cara en los lienzos.

Me alegro de poder concluir este artículo diciendo á los jurados que son malos aduaneros. El enemigo está en la fortaleza, de lo cual les doy aviso. No hablo de algunos cuadros buenos que han admitido por inadvertencia; quiero decir, sencillamente, que M. Brigot, contra el cual se han tomado las mayores precauciones, presentará, sin embargo, dos es tudios en el Salón. Buscad con cuidado; los cuadros están en la letra B., aunque van firmados con otro nombre.

¡Jóvenes artistas, si queréis que el año venidero os admitan, no os ocultéis bajo el pseudónimo de Brigot, sino bajo el de Barbanchu! Así estaréis seguros de ser recibidos por unanimidad. Parece cosa resuelta que todo sea cuestión de nombre.

## El momento artístico.

4 de Mayo.

Yo hubiera debido explicar categóricamente, antes de emitir el más pequeño juicio, cuál es mi mauera de ver en materia de arte, y cuál es mi estética. Sé que los esbozos de opinión que me he visto obligado á presentar incidentalmente han dañado ciertas ideas, y que se me guarda rencor por haber hecho redondamente afirmaciones que en nada parecían apoyarse.

Yo, como cada hijo de vecino, tengo mis teorías, y como cada hijo de vecino también, creo que dichas teorías son las únicas verdaderas. Así es que, á riesgo de hacerme un tanto pesado, voy á exponerlas. Mis afectos y mis odios se desprenderán de ellas naturalmente.

Para el público—y no se eche esta palabra á mala parte—una obra de arte, un cuadro, es una cosa inofensiva, que impresiona el alma de una manera dulce ó terrible. Ora representa una carnicería, y vemos á las víctimas que gimen y se arrastran enfrente de las bocas de los fusiles que las amenazan; ora una encantadora joven, blanca como la nieve, que fantasea á la luz de la luna apoyada en una columna. Quiero decir que el vulgo ve en un cuadro un asunto que le conmueve ó le espanta, y no pide al artista más que una lágrima ó un suspiro.

Para mí—y pienso que para muchas personas—una obra de arte es una personalidad, una individualidad.

No pido al artista visiones tiernas ni pesadillas espantosas; le pido que se manifieste tal cual es, en cuerpo y alma; que evidencie una inteligencia particular y poderosa, y una manera de ser que nos presente la naturaleza ante los ojos tal como la siente. En una palabra: me inspiran el desdén más profundo las habilidades de poco alcance, las lisonjas interesadas, lo que el estudio ha enseñado y un trabajo constante ha hecho familiar, todos los efectos teatrales históricos de Fulano y todas las perfumadas fantasías de Mengano. Por el contrario, me causan admiración las obras indi-

viduales, las que se deben á una mano vigorosa y extraordinaria.

Por lo tanto, no se trata de gustar ó disgustar, sino de ser uno mismo, de presentar el corazón al desnudo, de expresar enérgicamente una individualidad.

No soy partidario de escuela alguna, porque estoy por la verdad humana, que excluye toda parcialidad, todo sistema. La palabra «arte» me disgusta, porque encierra la idea de acomodamientos necesarios y de ideal absoluto. Hacer arte, ¿no es hacer algo ajeno al hombre y á la naturaleza? Yo quiero que hagan vida, que el artista esté dentro de ella, que cree algo nuevo, algo desconocido y con arreglo á su manera de ver y á su propio temperamento. En un lienzo, lo que busco ante todo no es el cuadro sino el hombre.

En toda obra, á mi entender, hay dos elementos: el real, que es la naturaleza, y elindividual, que es el hombre.

El elemento real, la naturaleza, es siempre el mismo, invariable é igual para todo el mundo, y si yo admitiera la posibilidad de una medida común, diría que este elemento puede servir de medida común para todas las obras. El elemento individual, ó sea el hombre, es, por el contrario, variable hasta lo infinito. Cada obra es una manifestación distinta. Si el temperamento no existiera, todos los cuadros, forzosamente, serían simples fotografías.

Una obra de arte no es, por lo tanto, más que la combinación de un hombre, elemento variable, y de la naturaleza elemento fijo.

Para mí, que subordino la realidad al temperamento, la palabra «realista» no significa nada. Si veo representar la verdad, aplandiré, pero si la representación tiene vi la y sello individual, aplandiré más fuerte aún. Quien se salga de este razonamiento tendrá que negar el pasado y crear definiciones que cada año se verá obligado á aumentar.

La creencia de que en punto á belleza artística hay una verdad absoluta y eterna, no pasa de ser un mito. La verdad única y completa no se ha hecho para nosotros, que todas las mañanas inventamos una verdad que desfiguramos por la noche. El arte, como todo, es un producto, una secreción humana. Nuestro cuerpo destila la belleza de nuestras obras. El cuerpo varía según los climas y las costumbres, y á la secreción le sucede lo propio.

Es decir que la obra de mañana no podría ser como la de hoy. No podéis dar precepto alguno ni formular reglas; es menester que os echéis en brazos de vuestra propia naturaleza y que no tratéis de engañaros. ¡Tenéis miedo de hablar vuestro idioma y tratáis de deletrear con muchísimo trabajo lenguas muertas!

Mi opinión es la siguiente: No quiero obras de discípulos sacadas de modelos que los maestros han facilitado. Tales obras me traen á la memoria las planas que yo, cuando era niño, escribía tratando de imitar la muestra litografiada. No quiero miradas retrospectivas, pretendidas resurrecciones, ni cuadros pintados con arreglo á un ideal hecho de retazos de ideales recogidos en todos los tiempos. ¡No quiero absolutamente nada que no sea vida, temperamento y realidad!

Y ahora, tened piedad de mí, os lo suplico. Pensad cuánto ha debido sufrir un temperamento como el mío, extraviado en la grande y triste nulidad del Salón. La verdad sea dicha: por un instante he abrigado el pensamiento de abandonar mi tarea en previsión de ser demasiado severo.

¡Mas no soy yo quien va á herir á los artistas en lo vivo de sus creencias; han sido ellos los que me han herido en lo más hondo de las mías! ¿ Mis lectores comprenden mi posición? Acaso piensan: «He aquí un pobre que tiene revuelto el estómago y que contiene sus náuseas por respeto á la decencia.»

Jamás he visto tal aglomeración de medianías. Hay en el Salón dos mil cuadros y no hay diez hombres. Doce ó quince de aquellos lienzos hablan un lenguaje humano; los otros sólo cuentan necedades de peluquero. ¿Soy quizá demasiado severo? Pues no hago más que decir en alta voz lo que otros dicen por lo bajo.

Yo, por lo menos, no niego nuestra época; tengo fe en ella y sé que inquiere y trabaja. Atravesamos un período de luchas y de fiebres; tenemos nuestros talentos y nuestros genios. Pero no quiero que se confunda á los que pueden con las medianías. Creo que es conveniente abolir la indiferente indulgencia que tributa una palabra de elogio á todo el mundo, y que, por lo tanto, á nadie elogia.

Esta es nuestra época. Estamos civilizados y tenemos salones y gabinetes; el estuco queda para las paredes de las personas de poco más 6 menos, y las de los ricos es menester adornarlas con pinturas. Para desempeñar este cometido ha sido necesario crear una corporación de obreros que acaben el trabajo empezado por los albañiles. Como mis lectores pueden imaginar, han hecho falta muchos pintores, y ha sido menester criarlos con gran mimo y por hornadas. Luego se les dan los más sanos consejos para que agraden y no se desvíen de los gustos de la época.

Añadid á esto el espíritu del arte moderno. En vista de la invasión de la ciencia y de la industria, los artistas, por reacción, se han lanzado á la fantasía, á un cielo de pacotilla, hecho de lentejuelas y de papel de seda. Díganme si los maestros del Renacimiento se ocuparon nunca de las monísimas fruslerías á cuya vista nos pasmamos hoy; no, aquellas eran naturalezas poderosas que pintaban sintiendo. Nosotros, inquietos y nerviosos, tenemos mucho del temperamento femenino, y nos sentimos tan endebles y gastados que la salud robusta nos desagrada. ¡Habladme de sentimentalismo y de travesuras de chiquillos!

Nuestros artistas son poetas. Esto encierra

una injuria grave para personas que no tienen ni aun el cuidado de pensar, pero la sostengo. Ved el Salón: todo él se compone de estrofas y madrigales. Este rima una oda á Polonia y aquél otra á Cleopatra; hay uno que canta á la manera de Tibulo, y otro que trata de hacer que suene la trompeta de Lucrecio. Y no hablo de los himnos guerreros, de las elegías, de las canciones picantes ni de las fábulas.

¡Qué algarabía!

Por caridad, puesto que sois pintores, pintad, pero no cantéis. Tenéis materia, tenéis luz; haced un Adán que sea creación vuestra. Debéis dar hombres y no sombras. Pero ya sé que en un boudoir un hombre desnudo no está bien visto. Por eso pintáis grandes muñecos grotescos que no son más indecentes ni respiran más vida que las muñecas de sonrosada piel que tienen las niñas para jugar.

El verdadero talento procede de otra manera. Mirad los pocos henzos notables que hay en el Salón. Casi rompen los muros, están como disgustados, y su voz enérgica domina el dulce rumor de las de sus vecinos. Los pintores que hacen semejantes obras no pertenecen á la corporación de encaladores elegantes de que he hablado. Son pocos y viven por sí mismos, ajenos á toda escuela.

Ya lo he dicho: el jurado no tiene la culpa de la medianía de nuestros pintores. Pero una vez que cree tener la obligación de ser severo, ¿por qué no nos ahorra la vista de tanta tontería? Si solamente admitís á los talentos, una sala de tres metros cuadrados podría contenerlos.

¿Tan revolucionario he sido al lamentar que ciertas personalidades no figuren en el Salón? No estamos tan abundantes de individualidades que podamos rechazar á las que surgen. Sé, por otra parte, que las personalidades no mueren porque se las rechace. Defiendo su causa porque me parece justa; pero en el fondo, el estado de salud de su talento no me inquieta. Nuestros padres se rieron de Courbet, y nosotros nos extasiamos ante sus obras. Nosotros reimos de Manet, y nuestros hijos se extasiarán contemplando sus lienzos.

## Los realistas del «Salón».

Mi desesperación sería grande si mis lectores creyeran, aunque no fuera más que por un momento, que soy el portaestandarte de una escuela. Creerme sometido á un partido, aunque éste fuera el realista, sería no comprenderme.

No tengo más partido que uno: el de la vida y la verdad. Entre Diógenes y yo existe algún parecido. El buscaba un hombre en el arte; yo busco también hombres, temperamentos nuevos y poderosos.

El realismo me importa poco, ó lo que es igual, esa palabra no representa, para mí, nada concreto. Si significa la necesidad que tienen los pintores de estudiar y representar con verdad la naturaleza, está fuera de duda que los artistas todos deben ser realistas. Pintar ensueños es cosa de niños y de mujeres; los hombres tienen el deber de pintar realidades.

El artista ve la naturaleza y la representa como la ha visto, á través de su temperamento, que es su modo de ser. De esta manera, cada pintor nos presenta un mundo diferente y yo aceptaré con mucho gusto todos esos mundos, siempre que cada uno de ellos sea la expresión palpitante de un temperamento. Declaro que admiro los mundos de Delacroix y de Courbet, y una vez hecha esta confesión creo que nadie podrá suponer que me encierro en determinada escuela.

Pero en el tiempo actual, que es el del análisis psicológico y fisiológico, sucede que el viento corre del lado de la ciencia, y á nuestro pesar nos arrastra al estudio exacto de los hechos y de las cosas; por eso todas las individualidades artísticas que surgen se revelan siguiendo la escuela de la verdad. El movimiento de la época es indudablemente realista, ó más bien positivista, y, por lo tanto, me veo obligado á rendir tributos de admiración á algunos hombres, entre los cuales parece que existe cierta afinidad; esta afinidad es la del tiempo en que viven.

Que nazca mañana un genio distinto, una inteligencia que se oponga á la corriente y que con energía nos dé nuevos horizontes, los de su manera de ser, y desde ahora le prometo mis aplausos. No me cansaré de repetirlo;

busco hombres y no maniquíes, hombres de carne y hueso que sean espontáneos, y no artistas amanerados que se ejerciten en el arte convencional.

Han dicho que elogio «la pintura del porvenir». Ignoro qué significa esta frase. Creo que todo genio nace independiente y no deja discípulos. La pintura del porvenir no me preocupa; será lo que los artistas y las sociedades de mañana quieran que sea.

El verdadero caso no es el realismo, créanlo mis lectores; es el modo de ser, el temperamento. Un hombre cualquiera que no se parezca á los demás, por este solo hecho se convierte en objeto de recelos. Para hacer que el vulgo acepte el genio, es necesario darle una educación completa. La historia del arte y de la literatura es una especie de martirologio que narra las silbas con que la muchedumbre ha saludado la aparición de todas las manifestaciones de la inteligencia humana.

En el Salón hay realistas—ya no digo temperamentos—artistas que pretenden representar la verdadera naturaleza con todas sus crudezas y sus violentas transiciones. Para que mis lectores comprendan mejor la ninguna importancia que concedo á la observación más ó menos exacta cuando el artista no tiene poder bastante para hacer que el cuadro viva, voy á exponer sencillamente mi opinión acerca de MM. Monet, Ribot, Vollon, Bonvin y Roybet.

Dejo á un lado á MM. Courbet y Millet, porque quiero hacer á estos señores objeto de un estudio particular.

Confieso que el lienzo que me ha detenido más tiempo ha sido la Camila, de M. Monet. Es una pintura sentida y vigorosa. Acababa yo de recorrer aquellas salas frías y vacías, cansado de no encontrar nada que revelase la aparición de un nuevo talento, cuando vi á Camila arrastrando la larga cola de su vestido y desapareciendo por el muro, como si en éste hubiera habido un agujero. Mis lectores no pueden apreciar cuán grato es para un hombre admirar algo, cuando está ya cansado de sonreir y de encogerse de hombros.

No conozco á M. Monet, ni creo haber visto con detenimiento, antes de ahora, ninguna de sus obras. Y, sin embargo, me parece que somos autiguos conocidos. La causa de ello es que su cuadro me ha narrado una historia llena de verdad y de energía.

¡Ah, sí! M. Monet es un artista, un hombre que descuella en medio de la muchedumbre de eunucos. Una sola mirada que echemos sobre los lienzos que rodean al suyo, nos hará comprender el lastimoso aspecto que ofrecen al lado de aquella ventana por la cual se ve la naturaleza. El cuadro que nos ocupa descubre más que á un realista, á un intérprete, delicado y vigoroso á un tiempo, que ha sabido detallarlo todo sin incurrir en la sequedad.

Veamos el vestido de la joven. Es de una tela flexible y fuerte, que arrastra suavemente, que vive y dice en alta voz quién es la mujer que la lleva. No es el vestido de una muñeca, no es uno de los trapos de muselina que sirven para vestir los ensueños; es seda, y tan buena, que pesaría demasiado en los hombros de una de las figuras de crema de M. Dubuffel

«¿ Queréis realistas, queréis temperamentos?—me han dicho.—Ahí tenéis á M. Ribot.» Niego que M. Ribot tenga estilo propio, y niego también que sus cuadros representen con verdad la naturaleza.

La verdad ante todo. Veamos un lienzo del

citado pintor: Jesús está en el templo, entre los doctores de la ley; el ámbito aparece envuelto en sombras que luces pálidas y descoloridas interrumpen acá y allá. ¿ Dónde está la vida, donde la sangre de este cuadro? Eso no es pintar la realidad. Las caras de los hombres y la del niño aparecen como cinceladas, y en aquellas carnes abotargadas y flojas no hay indicio de luceros. Las gentes, sin embargo, pretenden hacerme ver que este cuadro es del género realista; pero supongo que para hacer tal afirmación, no se apoyarán únicamente en que los tipos que representa son vulgares, ¿no es eso? Yo llamo realista á la obra sentida, á la que está llena de vida y cuyos personajes parece que pueden moverse y hablar. En el cuadro que nos ocupa, solamente veo criaturas sin vida, pálidas y deslavazadas.

¿Qué importa la verdad—he dicho—cuando la mentira es hija de un modo de ser, de un estilo propio y poderoso? Siendo así, M. Ribot debe de reunir las condiciones necesarias para gustarme. Las luces blacquecinas y las sombras de que he hablado dependen del modo de ver; el artista ha impuesto el sello de su estilo á la naturaleza, y de esta manera ha creado

entero el mundo blanquecino que hemos descrito. Lo malo es que el pintor no ha hecho nada nuevo; su mundo existe desde hace mucho tiempo, y es español apenas afrancesado. De modo que la obra, no sólo no es verdadera y no palpita, sino que tampoco es una nueva expresión del genio humano.

M. Ribot nada ha añadido á lo que había en el arte, no ha dicho una palabra suya propia, ni nos ha revelado un corazón. Es un temperamento inútil, una aparición desgraciada, si se quiere. Sin embargo, prefiero su falso poder y su estilo de contratando, al desolador donaire de que me ocuparé más adelante. Pero en el fondo de mi ser oigo una voz que me dice: «Ten cuidado; ese hombre es pérfido; parece vigoroso y espontáneo; pero profundiza hasta la medula, y hallarás la nulidad y la mentira.»

El realismo consiste, para muchas personas — para M. Vollon, por ejemplo — en la elección de asuntos vulgares. Este año, M. Vollon ha sido realista, ha pintado un cuadro cuyo asunto es una criada en la cocina. La pobre chica, que lleva una falda roja, acaba de llegar de la plazuela; ha puesto en el suelo las provisiones y está apoyada en la pared mos-

trando su abultado rostro y sus curtidos brazos.

En este lienzo no veo la realidad, porque la moza parece de madera y está tan pegada á la pared que no hay fuerzas humanas que la despeguen. Los objetos en la naturaleza y vistos en plena luz, aparecen de manera distinta. Las cocinas tienen mucho ambiente, y las cosas que en ellas hay no tienen tal color tostado. Además, en las habitaciones los contrastes son vigorosos, y las manchas también, aunque suavizadas por la luz. En una palabra: la verdad es más brutal, más enérgica que aparece en ese cuadro.

Pintemos rosas si así nos place, pero hemos de pintarlas llenas de vida si queremos ser realistas.

M. Bonvin me parece otro amante platónico de la verdad. Sus asuntos están tomados de la vida real, pero la manera que tiene de tratarlos, podría aplicarse perfectamente á los caprichos de algunos pintores que están de moda. Encuentro en la factura de este artista cierta sequedad y cierta pequeñez que quita mucha vida á los personajes.

La Abuela que M. Bonvin ha expuesto es nna viejecita que tiene una Biblia en la falda, y en la mano una taza de café, que va tomando sorbo á sorbo. La cara no me gusta, porque tiene demasiados detalles y la mirada se pierde entre aquellas arrugas pintadas con amore. Yo preferiría un rostro liso y llano más vigoroso y espontáneo; esto desvanece el efecto y hace que la cabeza no se destaque vigorosamente del fondo.

Antes de la apertura del Salón se ha hablado mucho de un lienzo de M. Roybet, que lleva por título: Un loco en tiempo de Enrique III. Se decía que el estilo del autor era propio y del mayor realismo. He visto el cuadro en cuestión, y á decir verdad no me explico que se le hayan tributado los aplausos anticipadamente. La pintura no es mala; en ella, seguramente, hay más brío que en la de M. Hamou, pero no es muy vigorosa.

El anunciado estilo propio no ha aparecido á mis ojos.

El loco, vestido de rojo de piés á cabeza, tiene dos perros, y se está riendo, enseñando los dientes; al verlo se diría que es un sátiro vestido.

El argumento, al fin y al postre, es de poca importancia; lo peor es que los perros, y so-